

Capítulo 93 - - En la quietud de la mañana - Una guía práctica para la hechicería [Libros 1-4, Stubbing 3 de julio]

- Capítulo 93 - - En la quietud de la mañana - Una guía práctica para la hechicería [Libros 1-4, Stubbing 3 de julio]

Capítulo 93 - - En la quietud de la mañana - Una guía práctica para la hechicería [Libros 1-4, Stubbing 3 de julio]

Sebastián

Día 21 del primer mes, jueves, 13:15

Al llegar a la mansión Dryden, Sharon lo miró de reojo y salió apresuradamente de la cocina para tomar su brazo, como si temiera que se desplomara. “¡Señor Siverling! ¡Ay, parece totalmente deshecho! ¡Thomas!” llamó Sharon al criado que había abierto la puerta para Sebastián, con voz alta a pesar de estar todos a unos pocos pasos. “Lleva las cosas del señor Siverling a su habitación,” ordenó. “Y tú, entra en la cocina, querida,” agregó en tono más tranquilo a Sebastián. “Te traeré algo caliente para comer.”

“Que no hace falta. Solo iba a echar una siesta. Me han concedido unos días de permiso de la Universidad,” respondió ella.

“¡Qué tontería! ¿Desde cuándo no has comido? Y que sea algo bueno, no esa porquería de la cafetería universitaria.” Antes de que Sebastián pudiera responder, Sharon le quitó la chaqueta y las bolsas, y la arrastró hacia la cocina por el brazo.

Sebastián se sentó en la mesa de la cocina, sosteniendo con manos temblorosas la taza humeante de té que le habían dado, mientras Sharon se movía a su alrededor, parloteando. Ella colocó un plato lleno de comida frente a Sebastián, y se sentó en frente, de repente en silencio. Ella bebió su té lentamente y le lanzó miradas sutiles y tentadoras.

Sebastián ignoró la invitación a conversar. No quería hablar. Sin embargo, a pesar de estar segura de no tener hambre, terminó limpiando todo el plato y, después, se sintió mejor. El peso en su estómago funcionaba como un ancla estabilizadora. Sus dedos estaban cálidos por primera vez desde hace tiempo... quizás desde antes.

Con la sensación de peso y sustancia, que le hacía moverse con aún más lentitud, Sebastián subió las escaleras hacia su habitación, que permanecía agradablemente cálida gracias a la chimenea encendida. Sus plantas mágicas estaban en la ventana, un cristal de luz brillando sobre el sempervivum apricus para darle mayor luminosidad, pero ninguna parecía saludable.

Con un suspiro que parecía la última inspiración de un moribundo, Sebastián regó la raíz de mandrágora marchita, cantándole una nana a medias recordada de su infancia mientras le acariciaba las hojas. Las mandrágoras apreciaban la música y ser acariciadas, según el "Compendio Completo de Componentes". Acerca del sempervivum apricus, lo sacó de la ventana y lo colocó en una silla, colocando cristales de luz, robados de las distintas lámparas de su habitación y del pasillo, sobre la tierra. 'Eso es una cantidad ridícula de luz solar de segunda mano. Espero que sea suficiente para rejuvenecerlo,' pensó. La maceta era demasiado brillante para mirarla sin entrecerrar los ojos, así que cubrió toda la silla con una gruesa manta de invierno, extendiéndola sobre ella y alrededor de la maceta para contener la luz.

Tras hacer lo posible para mantener vivo su componente mágico, Sebastián finalmente se quitó los zapatos y la ropa exterior. Tocó su pecho con un dedo, haciendo una mueca. Allí, en su piel, descansaba una quemadura en forma de medallón, producto cuando el artefacto de su abuelo absorbió calor para reflejar la bola de fuego que el hombre Morrow le había lanzado.

Uno de los sanadores de la enfermería había aplicado un ungüento mientras ella estaba inconsciente, lo que le produjo una mueca de desagrado y una sensación renovada de invasión. Era su trabajo, por supuesto, y era mejor que fueran demasiado minuciosos que dejar una herida peligrosa por respetar su privacidad, pero no le gustaba la idea de que alguien la manejara y lanzara magia sobre ella mientras dormía.

Sebastien rebuscó entre su cartuchera escolar en busca de los suministros básicos que siempre llevaba consigo, aplicando un poco de pasta antiguemaduras y una gota de jugo espeso exprimido de una de las hojas de sempervivum apricus sobre su piel. Deseaba evitar una cicatriz en forma de medallón.

Con el hechizo de sueño profundo más potente que pudo gestionar y una alarma en su reloj de bolsillo para despertarla en unas horas, se deslizó en la cama.

Acariciándose bajo las mantas, sostuvo su Conducto entre las manos, con los dedos entrelazados. "Estoy en control," murmuró para sí misma. "Estoy en control." Lo repitió hasta que sus párpados se pesaron y su lengua quedó torpe.

Durmió, despertó y volvió a dormir.

Cuando el fuego hacía mucho que se había apagado y los tenues rayos del alba pintaban con colores pastel la neblina que rodaba fuera de su ventana, la cama se desplazó bajo ella. Abrió los ojos, pegajosos, con la mano aferrando el Conducto, que se había deslizado bajo su almohada, en señal de confusión y alarma.

Oliver la miraba desde donde se había posado en el borde de su colchón, sosteniendo un vaso con líquido. Parecía casi tan cansado como ella. "Hola," dijo suavemente. "Has estado durmiendo un

buen rato. Traje algo para evitar tu deshidratación.”

Se levantó, tomando el vaso de él. Agua con miel. Morgaba toda la bebida, jadeando por aire mientras se lo devolvía y luego se limpiaba la boca con el dorso del brazo. “Gracias,” susurró con voz ronca.

“¿Estás bien?”

“Bien. Solo... cansada.”

“Cuando activaste la alarma, Katerin y yo estábamos en una reunión con Lynwood y su hermana Gera. Fue muy afortunado. Gera usó la pulsera de Katerin para seguirte. No podía verificar por mí misma que estuvieras bien sin levantar sospechas. Le pedí a Gera que te informara que si las autoridades te arrestaban, siempre que pudieras mantenerte como Sebastien, encontraría una manera de liberarte.”

Sebastien negó con la cabeza. “Gera no tuvo oportunidad de decírmelo. No estábamos solos. Pero sí ayudó a desviar las sospechas—con la Reina del Cuervo como chivo expiatorio.” Sonrió irónicamente al pensar en la incredulidad. “Ahora creen que la Reina del Cuervo puede otorgar bendiciones, una de las cuales es algún tipo de efecto anti-divinatorio.”

“Ingenioso.”

Sebastien soltó una risita entre tos y carcajada. “Gera sacó tantas cosas de la manga que casi no podía creer lo que escuchaba. Fue genial. Quiero decir, incluso en este punto, si alguien la viera bailando desnuda en la calle, pensaría que es demasiado normal para ser la Reina del Cuervo.”

Oliver no compartió su risa, su voz permaneció tranquila y suave. “Me dijeron que tu amiga murió. Newton Moore. Reconocí el nombre; me lo mencionaste antes.”

La garganta de Sebastien se cerró, su sonrisa se deshizo. “Estoy imposibilitada para hablar de los detalles.”

“Lo supuse. La Guardia Roja prefiere mantener sus labores alejadas del conocimiento público. Pero sé lo que ocurrió en términos generales, y puedes hablar de cómo te afectó.”

Ella lo miró en silencio por un rato. “No sé qué quieres que diga.”

“Lo que desees. Hay una razón por la cual has estado durmiendo dieciséis horas, y, por lo que sé, no es por los efectos residuales anómalos.”

Cerró los ojos. “Odio dormir más que nada, Oliver. Solo... estoy demasiado cansada para hacer otra cosa. He estado intentando con todas mis fuerzas, por lo que parece una eternidad, y luego esto pasó y... no puedo seguir así. Siento que he estado lanzando bolas al aire sin parar, y justo cuando empezaba a dominarlas, otra caía del cielo, y tenía que sumarla a la rutina, lanzando las bolas más alto, más rápido, y moviéndome cada vez más deprisa. Pero ahora he soltado todas, y se han dispersado por todas partes. Me parece un esfuerzo imposible encontrarles y devolverlas al aire

otra vez.”

Abrió los ojos para verlo asintiendo lentamente a la luz del amanecer. “Tiene sentido. ¿Qué más?”, preguntó.

Ella dudó nuevamente, pero finalmente dijo: “No es la primera vez que veo morir a alguien, sabes eso. Pero esto... Cuando se crea un Aberrante, es la magia desatada misma la que se vuelve contra ti, que te mata y usa tu cuerpo como combustible para crear algo diferente en tu lugar. La magia... no es nuestra amiga. Es una bestia rabiosa que atamos a nuestra voluntad, y aprovecha cada error como una oportunidad para matar a su amo y liberarse de nuevo.”

“Y tú eres una hechicera. Podría pasarte a ti”, dedujo.

“O a uno de mis compañeros, o a ti, o a alguna persona aleatoria que pase por la calle. Y cuando ocurra, podría matar a todos los que están a su alrededor de paso.” Necesitaba magia, incluso la amaba, pero esto era un recordatorio visceral de que también le tenía miedo, y con razón.

Se había llevado suerte con Newton. No era particularmente fuerte antes de perder el control, ella conocía íntimamente el hechizo que estaba lanzando, y el Aberrante se manifestó de una manera que no los mató a todos inmediatamente y que podía ser defendida. Fue una confluencia de coincidencias afortunadas. Eso no siempre ocurría. “Solo me pregunto cómo es que el mundo no ha caído ya en la ruina. Parece que como sociedad estamos al borde de un evento catastrófico continuamente. Y si ocurriera algo peor, probablemente no podría hacer nada al respecto o incluso salvarme a mí misma.”

La mano de Oliver se movió, como si quisiera tomar la suya, pero al final solo dijo: “La magia es peligrosa. No tienes que preocuparte por que pierda el control, pero en general, es un miedo válido. Por eso tenemos a la Guardia Roja, y son muy buenos en su trabajo. El mundo existió mucho tiempo antes de que tú nacieras, y de alguna forma, hemos sobrevivido hasta ahora.” Una de sus mejillas se tensó en una sonrisa tentativa. “Para el resto de tus preocupaciones, supongo que debes hacer lo que puedas para reducir tu riesgo —como dormir cuando lo necesitas— y luego preguntarte si el peligro restante de ser una taumaturga vale la pena.”

“Lo vale”, dijo ella de inmediato. Nunca había sido realmente cuestionado, pero decirlo en voz alta calmó algo dentro de ella.

Su sonrisa se ensanchó. “Muy bien, entonces. Ven a desayunar.”

Sebastián aún no tenía hambre, pero no protestó. Después de comer, lo cual le agotó la poca energía que había reunido, volvió a dormir unas horas.

Cuando despertó, las calles de abajo estaban llenas de movimiento y el sol había disipado la niebla de la madrugada. Por primera vez en mucho tiempo, sacó su grimorio, pasándole suavemente los dedos por su cubierta de cuero y por las páginas ligeramente desgastadas. Su abuelo le había ayudado a crearla cuando cumplió trece años. Contenía un número engañoso de páginas, estaba encriptada para que solo ella pudiera acceder, y guardaba su conocimiento acumulado de magia y bocetos de los lugares interesantes en los que había estado y las cosas que había visto.

Pasó las páginas desde el principio, riendo ante la escritura torpe de su yo más joven, las ocasionales faltas y la emoción por los fundamentos básicos de la hechicería. Había sido tan adorable e ingenua. En realidad, había aprendido bastante a lo largo de los años, a pesar de no tener un maestro formal después de su abuelo, pero la mayor parte era material que sería útil en pequeños pueblos rurales o durante sus viajes. Conocía varias preparaciones menores de curación, hechizos para mantener a una gallina poniendo huevos, y cómo protegerse contra los erlking y los duendes.

Sebastián había dejado de actualizar su grimorio con regularidad desde los primeros días de su estancia en la Universidad, pues se encontraba demasiado ocupada para seguir el ritmo de sus demás tareas. Ahora, sacó su pluma de fuente, llenó el cartucho interno con tinta y empezó a escribir. Sus pensamientos y muchas, muchas preguntas fluían sobre la página, junto con algunas de las lecciones más interesantes que había aprendido en la Universidad. No forzaba el proceso, permitiéndose descansos cada vez que le dolía la mano o se aburría.

Pasaron días.

Su apetito volvió, y mientras se acomodaba junto a la ventana observando los ritmos de la ciudad entre momentos de escritura en su grimorio, lentamente dejó atrás el deseo de dormir que la había abrumado. Una chispa ocasional de emoción irreprimible la llenaba al explicar la magia que había aprendido en el grimorio, y se dio cuenta de cuánto había avanzado en los últimos meses.

Oliver estaba tan ocupado que solo lo veía de pasada unas pocas veces, pero no intentó preguntarle si necesitaba ayuda. No había reabastecido lo suficiente para ofrecer siquiera una fracción de sí misma.

Se levantó temprano el jueves por la mañana, por primera vez en la última semana sin sentir que quería volver a dormir, y bajó a la cocina justo cuando el sol comenzaba a salir. Cuando el desayuno estuvo listo, impregnó dos tazas del caro café de Oliver con la intención de mantenerlo despierto y llevó una bandeja con comida hasta su oficina, donde él ya estaba trabajando.

Oliver despejó un espacio en su escritorio desbordado antes de tomar la taza de café de ella como si fuera un naufrago en el desierto que recibe un vaso de agua. Su ropa estaba arrugada, su cabello ligeramente grasoso y bajo los ojos se notaban círculos oscuros. Aun así, sonrió al saludar, y parecía genuino, aunque quizás fuera más por el café que por ella.

—Regreso hoy a la Universidad. Quisiera hablar contigo un poco antes de partir —dijo Sebastien.

Oliver asintió en silencio, con la boca ocupada en tragar el líquido oscuro y humeante.

—¿El... incidente causó problemas? —

Soltó un profundo suspiro y dejó la taza vacía sobre la mesa. —El Aberrante estaba en territorio de la Manada de la Pesadilla, así que, a pesar de la presencia de la Reina Cuervo, los agentes de la policía apenas tienen pistas para interrogar a mis personas. Sin embargo, hay una mayor vigilancia, y han intentado infiltrar un agente encubierto en nuestras operaciones. Nada que no podamos manejar. Tuve que hacer algunas concesiones a Lynwood, tanto por la ayuda que

proporcionó la Manada para ocultar el asunto como por causar una perturbación tan importante en su territorio.

Señorita Sebastien hizo una mueca de incomodidad. —¿Qué concesiones?—

Oliver agitó una mano con indiferencia, hablando mientras mordía un bocado del omelette que Sharon había preparado para él. —Nada crucial. No te culpabilizo. A veces las cosas simplemente salen mal... Y a veces explotan y generan un caos total. Podría haber sido peor. Al menos lograste evitar que algunos residentes murieran, y todo este incidente ha contribuido bastante a disminuir la resistencia de quienes no estaban muy contentos con nuestra presencia en el nuevo territorio. Nadie quiere una visita airada de la Reina Cuervo.

Sebastien hizo una mueca de disgusto y luego dejó escapar un suspiro resignado. —Eso es algo, supongo. No podré seguirle la pista a Tanya como antes. Cometí un error. Ella sabe que la Reina Cuervo la seguía. Ella y cualquiera con quien pueda encontrarse estarán en alerta, y sin Newton... —su mirada se quedó triste, fija en el vapor que se elevaba de su café, incapaz de detener los leves temblores que formaban ondas en su superficie.

Oliver rascaba la barba de su rostro, mientras engullía otro bocado. “No diría que este sea el mejor resultado, ya que ciertamente esto pondrá a la Universidad en alerta ante nosotros, pero Tanya Canelo ya no es nuestra única fuente de información sobre lo que ha estado ocurriendo. Tenemos a muchos antiguos Morros capturados que saben bastante. A largo plazo, simplemente tendremos que trabajar con lo que tenemos. No vale la pena arriesgarte más.”

“La captura de los Morros en realidad es parte de lo que quería discutir. ¿Ha habido algún intento de liberar a esos prisioneros?”

“No. ¿Por qué?”

“Tanya preguntaba por su ubicación y las medidas de seguridad del Ciervo Verde durante la reunión secreta. Deben haber estado planeando algo, y es probable que este pequeño incidente no los detenga indefinidamente.”

“Aumentaremos nuestras precauciones. Gracias por la advertencia.” Le tocó a Oliver suspirar, encorvándose sobre su escritorio como si un peso invisible intentara aplastarlo contra montones de papeles. “Quizá podamos actualizar las alarmas de protección. Todos nuestros agentes ya han estado haciendo turnos dobles durante la última semana, y llevará tiempo ampliar nuestro personal con personas de confianza.”

“La batalla no salió tan bien como habíamos planificado,” afirmó ella.

“Eso es cierto, lamentablemente.”

“¿La conquista del nuevo territorio ha encontrado muchas dificultades?”

“Los Morros tal vez gestionaron su territorio de una manera que yo no aprobaría, pero no fueron completamente tontos. Estaban mejor armados y preparados de lo que esperábamos o

deseábamos. Es difícil ocultar toda señal de una operación con tantas personas y movimientos. Sin embargo, no fue un desastre tan grande como podría haber sido. Algunos de nuestros hombres murieron, otros quedaron gravemente heridos. Logramos capturar a una gran mayoría de los Morros. Mitigamos los daños colaterales tanto como fue posible y estamos brindando ayuda básica a quienes la necesitan—comida, curación menor y un lugar para dormir.”

“Nos tomará algo de tiempo consolidar todas nuestras ganancias, pero de inmediato aseguramos una gran suma de dinero, recursos consumibles como artefactos y componentes, y negocios generadores de ingresos, tanto legales como ilegales. Algunos de esos negocios quizá no sean tan rentables bajo nuestro control—no quiero forzar a nadie a prostituirse o a luchar en arenas, por ejemplo—pero seguramente ayudarán con nuestra liquidez. Espero que pase un período bastante largo de caos mientras alineamos el nuevo territorio con los estándares del Ciervo Verde. Espero convertir varios edificios en factorías textiles, pero estoy a la espera de que Lord Gervin acepte oficialmente mi solicitud para una subcomisión textil, ya que su Familia legalmente tiene dominio sobre la industria. Una vez que tenga eso, podré crear empleos muy rápidamente. Además, ya contamos con algunos nuevos taumaturgos para ayudar, incluyendo un taller de alquimia completo y a los cerveceros, así que debería haber menos presión sobre ti y sobre los pocos más en los que confiábamos.”

“Pero todavía puedo producir cervezas para el Ciervo Verde, ¿verdad?”

Por supuesto. Siempre tendremos algún trabajo para un taumaturgo. No sois suficientes en número. Además...” señaló, levantando un dedo y hurgando en uno de los cajones de su escritorio. “Aquí tienes un pequeño bono por tu rendimiento en la batalla. El informe que recibí indicaba que luchaste y capturaste a varios Morros que amenazaban la estación de curación, lo cual no formaba parte de tu trabajo. Es un pago por recompensa, además de tu tarifa por hacer las compras del Ciervo Verde en la reunión clandestina anterior. Lo habría hecho antes, pero...” Se encogió de hombros con evidente intención.

— Oh. Gracias. — La pequeña cartera contenía catorce monedas de oro. Cuatro para la reunión y diez para la recompensa.

Sebastien decidió no destinar la moneda extra a saldar su deuda. En lugar de eso, le ayudaría a mantener un fondo de emergencia razonable. Atemperando su respiración, dijo: — Me gustaría presentarte mi informe sobre lo ocurrido esa noche.

— ¿Estás segura? No necesitas hablar de ello si todavía no estás lista.

— Estoy segura. Había hecho todo lo posible por recordar los glifos tallados en el artefacto de calavera que la Guardia Roja usó para sellar su juramento. No notó nada que pareciera advertirles si rompía su palabra, y no les había dado nada de ella misma. Aun así, apoyó la mano contra su pecho, donde colgaba el amuleto de piedra negra bajo su camisa, y concentró la más mínima brisa de Voluntad en él.

Eso fue suficiente para devolverla a su forma original. Se encogió un poco en su asiento, y su ropa se volvió repentinamente holgada en ella.

Oliver observaba con interés. — Eso sigue siendo tan fascinante como siempre.

— Hablar como Siobhan puede ayudar a superar la compulsión de la Guardia Roja — explicó. Se tomó un momento para ajustarse, moviendo su rostro y sus extremidades hasta asentarse en su cuerpo transformado. Después de recordarse su nombre en esta forma, aquella que no había pronunciado en su juramento, comenzó a hablar.

El juramento aún la guiaba para evitar compartir demasiado detalles, produciéndole una creciente opresión en la garganta cuanto más hablaba. Sin embargo, no le desagradaba demasiado esto, ya que no tenía interés en revivir minucias irrelevantes.

Cuando terminó, volvió al cuerpo de Sebastien y dejó a Oliver con su gran montón de trabajo. En el frío que le traspasaba las mejillas, miró hacia el norte, hacia la Universidad asentada en lo alto de los acantilados blancos, tan brillante y orgullosa como siempre. El tiempo se le escapaba.